

á reemplazar las obras antiguas de donde los he obtenido, las que están próximas á desaparecer con el transcurso de los años, y por eso he elaborado este trabajo, dedicándolo respetuosamente á S. S.

Soy de S. S. su muy atento, seguro servidor,

BERNARDO CAYCEDO

Miembro de número de la Academia  
Historia Patria

## Apólogo

*De San Cirilo de Alejandria*

Aquella higuera que el Señor maldijo  
Una vez al rosal así le dijo:

“También tú eres inútil: no das frutos  
Que alimenten los hombres ni los brutos.”

Abrió el rosal sus flores más hermosas  
Y contestó: “mis frutos son las rosas.”

MARTÍN VARGAS

Alumno externo

## El Sargento Franck

Habíase arrojado el cólera sobre la villa de X\*\*\* como sobre una presa, y sus estragos eran espantosos. Se encrucelcía en los pobres barrios de los obreros, de calles estrechas y fangosas, de casas bajas mal aereadas, sucias, echadas las unas sobre las otras, sin jardines, sin patios.

El cólera hallábase allí como en su elemento y se cebaba en sus víctimas sin piedad.

Todas la mañanas pasaba lentamente un carro por aquellas calles, se le hacía al conductor una seña desde una de esas pobres casuchas, se detenía, y poco después, por la desvencijada puerta, salía un grosero ataúd con las tablas

sin forrar; cargábanle en el carro precipitadamente, y el carretero continuaba su camino paso á paso; á poca distancia, otra nueva señal y otro nuevo ataúd, y así sucesivamente hasta que se llenaba de cajas de muertos el carro. Cajas de viejos, cajas de niños, cajas de jóvenes, unas sobre otras, confundidas chocábanse entre sí al balancearse el carro por las desigualdades del empedrado, y eran llevadas al cementerio, en cuya fosa común, que abría sus inmensas fauces, descendían para no volver á aparecer más.

Por la noche el siniestro vehículo recorría de nuevo el mismo camino, y recogía un número equivalente de féretros.

Ya no se lloraba; el espanto había secado el manantial de lágrimas. Sombria desesperación reinaba por todas partes, desaliento, sin sollozos, sin quejidos, pero lleno de terror; el silencio de los muertos en medio de los vivos.

En una de aquellas pobres familias de obreros, el padre atacado el primero al volver del trabajo, había muerto en pocas horas. Después un hijo de quince años, después una hija de trece; un segundo hijo de diez años murió juntamente con ella. La madre los había amortajado á todos, y había ayudado á deslizarlos sobre el horrible carretón. No le quedaban más que una niñita de tres años y un pequeño de siete, Periquín, el más guapo de todos. Cuando el último de sus muertos se alejó:

—Anda, Periquín—le dijo la madre,—ánda á pedir limosna por los mejores barrios de la población; dí que se te ha muerto tu padre, tu hermana y tus dos hermanos, que no te queda más que tu madre y una hermanita; y que no tienen ni un pedazo de pan que comer. ¡Ya se compadecerán de ti, hijo de mis entrañas! ¡Anda, aquí no no se puede vivir, allá en los barrios de los señores no se muere la gente! ¡Vé, pues, Periquín mío!

Abrazóle y besóle la madre, y el niño se alejó.

Todo el día estuvo pidiendo limosna; y al caer de la tarde, contento por haber recogido algunos céntimos que

sonaban agradablemente en sus manecitas, corrió á casa de la madre. Empujó la puerta:

“¡Mamá!”, gritó..... No le respondió nadie..... ¡El cuarto estaba vacío! El niño gritó de nuevo: “¡Mamá, mamá!” ¡Nada! Subió al desván..... ¡Nadie! Entonces Periquín tuvo miedo del vacío y soledad en que se encontraba; se acurrucó en un rincón y empezó á llorar!.... Mas la noche se venía encima y el terror del niño fue en aumento: hubiera querido gritar más fuerte, pero tuvo miedo de su misma voz que repetía el eco en los desnudos maderos de aquel pobre albergue. Descendió despavorido, como si lo persiguieran fantasmas, y se precipitó en la calle. Uno de sus compañeros de escuela y de juegos le detuvo:

—¿A dónde vas tú, Periquín?

Y él:

—No encuentro á mi madre, ¿sabes tú dónde está?....

—Pues hace poco la echaron en el carro con tu hermanita..... allí estaba yo, porque había venido para decirle al hombre que viniese á casa por mi abuelito.

Periquín sólo se fijó en una cosa, no entendió más: Que estaba solo en el mundo. ¿Qué entiende uno de la muerte á esa edad? Estaba solo, enteramente solo, y la noche era cada vez más negra. Rompió á llorar con grandes sollozos y siguió anda que te anda, á lo largo de las manzanas de casas que apenas alumbraban alguno que otro mortecino farol.

En la dirección en que marchaba había una antigua abadía transformada en cuartel. Con frecuencia Periquín se había detenido otras veces delante de la puerta abierta á contemplar embebecido allá en el gran patio á los soldados haciendo el ejercicio. Detúvose maquinalmente allí. No habían aún cerrado la puerta, y el centinela, con el fusil al brazo, iba y venía de un lado á otro con acompasado y militar continente. Periquín se sintió menos solo allí; sentóse en un banco y continuó llorando.

—¿Qué es eso, muchacho, qué haces ahí, por qué lloras?, le preguntó el centinela.

—¡Ay, déjeme usted aquí! No ha quedado nadie en casa, todos han muerto; ¡yo me moriría de miedo si me quedara allá solo!

El centinela adivinó, sin duda, el drama terrible que había dejado huérfano á aquel niño, y llamó al sargento de guardia:

—¡Mi sargento!

El sargento Franck se presentó; el soldado le puso al corriente en dos palabras, y el viejo sargento, á su vez, se acercó á Periquín. El niño, llorando mucho y con frases entrecortadas por los sollozos, se lo refirió todo.... Franck escuchaba; y sintiendo que su enérgico corazón apresuraba sus latidos, apretaba los dientes para conservar la impasibilidad de su rostro.

—¿Y no tendrás miedo si te quedas con nosotros?

—Nó, dijo Periquín.

—Pues bien, vén conmigo. ¿Tienes hambre?

—Sí, tengo hambre, dijo Periquín.

Franck mandó á buscar á la cantina café caliente y dos buenos panecillos con manteca.

Periquín comió como un príncipe; después, sobre unas tablas del cuerpo de guardia, con un capote de soldado, Franck le arregló una camita. Acostó á Periquín, le abrigó bien, y el niño se durmió.

Franck le contemplaba.

—¡Y es precioso y tiene aire de listo ese diablo de muchacho!, dijo alejándose un poco y sentándose al lado de una mesa. Después llenó su pipa hasta los bordes, la encendió y se dejó mecer por sus ensueños formando castillos en el aire.

Echada hacia atrás la cabeza, los brazos cruzados sobre el pecho, estiradas las piernas, Franck fijaba sus ojos en una vela de sebo que iluminaba el cuerpo de guardia.

Las azuladas bocanadas de humo de su pipa formaban nebulosas ondulaciones que rodeaban la luz y se desvanecían

cían después en la sombra; y en esas nubes de humo parecíale á Franck ver desarrollarse de nuevo las perspectivas de su vida pasada.

Acababa de cumplir cincuenta años; los galones de oro cosidos á su bocamanga y los hilos de plata que se deslizaban por entre sus lacios cabellos y sus grandes mostachos, daban á entender algo de esto.

Un gran pesar había amargado su vida. A los diez y nueve años un número bajo sacado en el sorteo le arrancó de sus campos, de su chocilla, de su padre y del amor de su Rosina, una robusta y coloradota aldeana, á quien empezó á tratar en el tiempo de la siega, á quien amó y que llegó á ser su prometida.

Al partir para las filas le obligó á jurar que le había de ser fiel, que despreciaría las proposiciones del gordiflón Nicolás, de quien estaba celoso; que le esperaría, en fin, hasta su vuelta del servicio militar..... Y ella se lo juró todo con abundancia de lágrimas.

Como para poner el sello á su juramento, Franck le puso en el dedo un anillo de plata y..... partió.

Franck se portó como bueno y siempre con singular bravura. Peleó como un león en Kerpmet, donde se distinguió su Compañía. Después, acabados los años de servicio, volvió á la aldea..... Rosina se había casado con Nicolás!

Franck quedó herido en el corazón. Pronto hubiera curado de la herida cualquier educado á la moderna, pero Franck era ingenuo, sincero, y bajo la rudeza de su continente y de su lenguaje, nuestro sargento tenía un corazón delicado como el de una colegiala, y por eso la herida de Franck no se había de cerrar jamás.

—¿Las mujeres?, solía refunfuñar entre dientes. ¡La mejor no vale un cigarro!

Esta era su consigna y el único dogma de su religión. ¡Su religión! ¡Ah, y qué pocos restos le quedaban! Nada nuevo se había añadido á lo que en su niñez aprendió en el regazo de su madre, y en cambio ¡cuántas cosas

se le habían ido cayendo á pedazos y habían desaparecido de su mente y de sus prácticas! No quiere esto decir que Franck viera con malos ojos las cosas de Dios ó que fuera impío, nó; pero maldito lo que le importaban esos asuntos que no entraban dentro del encadenamiento reglamentario del servicio militar, y hé aquí por qué ni siquiera pensaba en ellos.

Por lo demás, siempre había sido un soldado modelo, rígido en el cumplimiento de la ordenanza y muy pagado de su empleo y de sus galones. Su hoja de servicios, que abarcaba treinta y un años, no tenía una sola tacha.

Pues bien, Franck veía pasar delante de sus ojos todas esas cosas, veía á Rosina, á Nicolás, á sus hijos allá en la modesta hacienda que él había ambicionado. Y se encontraba él, solo allí en aquel cuerpo de guardia, delante de aquellas tablas en que dormía Periquín.

Pensaba que la vejez vendría, que no está muy lejos de los cincuenta años, que debía ser cosa buena cuando uno llega á viejo tener alguien á quien amar. Y sus ojos se apartaban de la luz de la vela que disminuía, y se reposaba sobre Periquín, que seguía durmiendo como un ángel.

En estos pensamientos se le pasó la noche á Franck.

Cuando llegaba la hora de los relevos salía á cambiar los centinelas, y después de entrar de nuevo volvía á contemplar á Periquín y á reanudar el hilo de sus recuerdos y de sus ensueños.

Al amanecer, mi padre, que estaba de servicio aquella semana, vino á girar la visita de inspección acostumbrada.

—¿Qué hay de nuevo, sargento Franck?, preguntó al entrar.

—Nada, mi capitán, respondió sin poder disimular que algo le preocupaba.

Mas cuando mi padre terminó la requisa, y en el mismo punto en que iba á retirarse, Franck le detuvo. Llévole junto á Periquín, que proseguía durmiendo aún, rendido de tantas fatigas y tantas lágrimas como había llorado la víspera, y le contó su tristísima historia. Ambos estuvieron

largo rato paseando por el anchuroso patio del cuartel. Franck rejuvenecido, animado, con ojos chispeantes; mi padre más comedido, pensativo, poniéndole de cuándo en cuándo objeciones; pero Franck volvía con valor á la carga. Por fin los dos pararon en firme, y uno frente al otro, después de un último consejo de mi padre:

—¡ Si he pensado bien, mi capitán !.... ¡ no, jamás ! ¿ Las mujeres ? .... ¡ la mejor no vale un cigarro ! ¡ pero los pequeños ! Si usted lo permite es negocio concluído.

—Franck—le dijo mi padre, apretando con cariñosa efusión la mano del viejo soldado,—tienes un corazón de oro.

—No tanto, mi capitán, no tanto—repuso el sargento visiblemente conmovido.

Un cuarto de hora después Periquín, ya despierto, lavado, peinado y vestido por Franck, estaba montado á caballo en las rodillas del sargento. Maruja, la cantinera, remendaba como podía, y dure lo que dure, la desgarrada blusita del niño.

—Periquín—le dijo Franck,—¿ quieres de buena gana quedarte conmigo ?

—Sí—dijo Pedro—y ya verá usted qué bueno y juicioso soy.

—Oye, tu padre ha muerto, tu madre ha muerto, tus hermanos y hermanas también, te has quedado solo en el mundo.... ¿ quieres que yo sea tu padre ?

—¡ Oh sí !—balbuceó medio llorando Periquín.

—¿ Y me querrás mucho, mucho ?

Periquín abrió los brazos.

—Pues, lo dicho, tú serás mi hijo, exclamó el viejo Franck, y sobre la carita del niño en que ya se habían secado las lágrimas y aparecían las sonrisas, el bravo soldado estampó dos grandes besos, por debajo de sus grandes bigotes, entre los que se deslizaban algunas lágrimas.

Maruja de pie, con los brazos puestos en jarra, enterrecida lloraba también.

—Ah, Franck—exclamó—¡ qué hermosa acción la tuya !.... Míra, si yo no tuviera que cuidar de mis hijos...., pero en fin, qué importa.... yo te ayudaré....¿ quieres ? ¡ Vamos, hombre, Franck, no seas tan arisco !

—¡ Gracias, Maruja ! ¿ Las mujeres ? ya lo sabes tú, la mejor no vale un cigarro. Pero hablando francamente, ¿ verdad que es monísimo mi chico ? ¡ ah ! ¡ vén, Periquín, vén que te abrace y te bese otra vez !

Aquel mismo día Periquín fue presentado por Franck su padre, á todos los sargentos de la compañía.

El sastre le hizo unos pantaloncitos y una casaquita de soldado, pero del paño que gasta la oficialidad. Franck empleó sus ahorrillos en comprarle camisitas, medias, zapatos, en fin, un ajuar completo. Periquín, el hijo del sargento Franck, fue de allí en adelante el hijo de la primera compañía de tiradores del primer batallón del décimo cuerpo de línea.

Desde este momento Franck no tuvo más que un blanco de sus deseos, un sueño dorado en su vida: formar á Periquín en el molde de los hombres de bien, procurar que fuese por el camino derecho por medio del mundo, y que llegase á ser algo.

Periquín dormía al lado de Franck en el departamento de los oficiales, y se levantaba al toque de diana. Durante el día iba con otros niños, hijos de militares, á aprender las primeras letras en la escuela destinada á este objeto en el cuartel.

Comía con Franck, y los domingos, cuando el viejo sargento salía de paseo, llevaba de la mano á Periquín. Ningún padre veló jamás con más tierna solicitud por su propio hijo.

¡ Un hombre de bien !.....

Lo que Franck abrazaba en esa frase, no contenía muchas virtudes que digamos: el respeto, la obediencia, la sinceridad, la lealtad y sobre todo la fidelidad en cumplir

su palabra. ¡ Ah !.... Rosina....! ¡ la partida tirana de Rosina!.... En fin, á eso se venía á reducir la honradez para Franck.

Y sin embargo, quién había de pensar que, aquel viejo soldado, aquel veterano de los cuarteles, guardase para con aquella criaturita las más pudorosas delicadezas.

Lo mismo era oír una palabra grosera á cualquier soldado, los ojos de Franck lanzaban chispas: señalaba al niño con un gesto, y si el gesto no bastaba á imponer silencio, desbordábase la cólera indignada de Franck con tal violencia, que no había guapo que osara afrontarla dos veces.

Aún hay más. En esta época, en cada escuela del regimiento había una clase especial donde se educaban los hijos de militares y con mucho esmero por cierto y religiosamente. Mañana y tarde un sargento encargado al efecto, reunía á esos niños y dirigía sus rezos. Lo recuerdo perfectamente. Cuántas veces mi padre, que entonces mandaba la compañía de la escuela, nos dejaba á esa hora y se dirigía al cuartel para cerciorarse por sí mismo si los niños practicaban sus ejercicios de piedad con el respeto y la gravedad que él deseaba.

Así que la educación de Periquín no fue enteramente perfecta, pero sí muy superior, indudablemente, á la que hubiera podido recibir en su pobre casa, que había dejado vacía la muerte.

El niño crecía: la vida de cuartel algo dura, pero sana, enérgica, varonil, coloreaba sus mejillas y vigorizaba su musculatura; era verdaderamente hermoso el hijo de Franck. Su carácter franco, su asiduidad al trabajo y al estudio, su corazón generoso, le iban formando inteligente y bueno.

Al cumplir los diez años llegó para Periquín el día de su primera comunión. El capellán le enseñaba el catecismo, y todas las noches Franck, tomando en las manos el librito, preguntaba al niño y volvía sus ojos al texto para ver la conformidad de la respuesta, después le exigía las

explicaciones del texto, según las había oído al Sr. Capellán, y Periquín se las daba con notable desparpajo y buena gracia. Franck le oía y pensaba para sus adentros: ¡ aquel librito tan pequeño y tan grande !, también él se lo había sabido perfectamente.... Ya hacía muchos, muchos años.... Al presente ¿ quién de los dos era allí el maestro, quién el discípulo? Y en verdad que habían pasado cosas muy singulares desde que adoptó á Periquín.

Franck no era el mismo de antes. Periquín no podía echar juramentos; claro está! Luego Franck tampoco lo podía. Y Franck, que antes juraba y perjuraba á cada paso como un sargento hecho y derecho, pues Franck no volvió á jurar. Periquín no había de ir á la cantina ó á la taberna á empinar el codo en grande, luego, Franck tampoco; así que la cantinera, al advertir su moderación en la bebida, se hacía cruces, no reconociendo en él á su antiguo parroquiano y echando menos sus antiguas ganancias, con pesar de su interesado corazón. Periquín había de ir á misa todos los domingos y fiestas de guardar, ¿ cómo no? Parecía muy en el orden que el mismo Franck lo llevase, y Franck, que no había vuelto á poner los pies en una iglesia desde que dejó de ver la iglesia de su aldea; Franck, todos los domingos, teniendo al pequeño á su lado, asistía con gravedad y respeto al santo sacrificio de la misa.

Hé ahí por qué contemplamos á Franck repasándole la lección de catecismo á su hijo y volviéndolo él de nuevo á aprender, mientras que se despertaban en su memoria los recuerdos de aquel tiempo feliz, en que allá, en la modesta parroquia de su aldea, el Sr. Cura se lo explicaba como á los demás niños que tenía á su derecha y á las niñas que se colocaban á la izquierda. ¡ Dulce y santo perfume de la infancia! ¡ Cuán deliciosamente conmovía las fibras del corazón del bravo militar!

La víspera del día señalado para la primera comunión, Franck, profundamente conmovido, acostó á Periquín, teniendo buen cuidado de colocar sobre una silla junto á su

camita, el trajecito que había de estrenar al día siguiente.... Nuestro sargento había puesto un poco más lejos su uniforme de gala, su chacó y su sable, todo limpio como un oro y como si se tratase de alguna gran revista militar ó una gran parada.

Después que lo tuvo todo arreglado, Franck se caló su kepis, se abotonó su casaca y salió á respirar el aire libre, dando algunos paseos por la ciudad.

El último toque de retreta sonaba cuando estaba de vuelta.

Se dirigió flechado á su departamento, dejando todavía sus camaradas en la cantina. Periquín estaba dormido.

Franck no pudo por mucho tiempo apartar los ojos de él, por fin cayó de rodillas al pie de la camita de su hijo, ¡y rompió á llorar y comenzó á rezar! sí, ¡á rezar!

Franck sentía que era dichoso, ¡y la dicha tiene lágrimas tan dulces! Periquín iba á comulgar al día siguiente, por primera vez en su vida, y Franck, después de treinta y un años, volvía á comulgar con él.

Poco hacía que el Capellán, al acabar de oírle su confesión, le había dado un fuerte abrazo y le había dicho: "Franck, Dios Nuestro Señor te bendecirá por los ruegos de Periquín, á él debes sin duda el haberte vuelto á Dios."

Al día siguiente en la iglesia del regimiento, durante la misa que decía el Capellán, tres hijos de militares asistían de rodillas cerca de la grada del altar. Detrás de ellos se erguía resplandeciente, con sus galones dorados, el sargento Franck. Un grupo de personas piadosas, atraídas por la novedad, formaban el fondo del cuadro.

Al llegar el momento solemne de la comunión, los tres niños, con mesurado paso, alta la frente pero bajos los ojos, se adelantaron hacia el altar con las manos cruzadas sobre el pecho.

Franck se desciñó su sable, dejándolo al pie de una columna. Y cuando los tres niños, postrados de rodillas, acabaron de recibir en sus pechos á su Dios, Franck, con mar-

cial continente, avanzó á su vez, y recibió con profundo respeto al Dios de la Majestad.

Yo conocía de antes y había visto con frecuencia á Periquín. Los días de revista, vestido con su trajecito militar, seguía las evoluciones de la compañía de tiradores, echando el paso todo lo más largo que podía. ¡Era un soldadín precioso!

Cuando yo no estudiaba (y entonces desgraciadamente era con harta frecuencia), mi padre, para avergonzarme, me ponía por modelo á Periquín.

El día aquel tan memorable para Franck y su hijo vinieron los dos á visitar á mi madre. Conmovida los recibió y agasajó acariciando al niño: yo le di un abrazo á Periquín, y estuvimos después jugando en casa todo el día. Mas, por aquel tiempo comenzó para mí la vida de colegio; no volvía al seno de la familia más que los rapidísimos días de las vacaciones. Después los cambios de residencia y de guarnición, y los nuevos objetos que me rodeaban fueron desviando mi atención hacia otras cosas y personas, y llegué á perder de vista por completo en mi memoria á Franck y á Periquín.

Acabábanme de nombrar maestro de gramática en el colegio de San Estanislao. El mismo día destinado á la entrada de los alumnos, paseábame yo por el patio de entrada, rodeado de un grupo de niños, cuando hé aquí que veo pasar cerca de nosotros á un anciano, bastante vigoroso todavía, á pesar de llevar su erguida cabeza enteramente coronada de canas: llevaba debajo del brazo dos floretes entrelazados por las correas de un guante de esgrima. Saludóme, yo le devolví el saludo, y se alejó. Pregunté al alumno que tenía más cerca cómo se llamaba el profesor de esgrima del colegio, y me contestó: el Sr. Franck.

¡ Franck !..... Volví hacia él mis ojos para cerciorarme mejor, procurando orientarme en medio de los confusos recuerdos de quince años pasados. Observé entonces que el maestro de esgrima cambió algunas palabras con uno de mis profesores, y después, súbitamente corriendo hacia mí, exclamó: quince años há estaba yo de servicio en el décimo cuerpo de línea al mando del capitán.....

—Era mi padre..... porque, sin duda alguna, usted es el sargento Franck: ¡ cáspita!, ¡ por usted no pasan años!

Estrechóme calurosamente ambas manos sin soltarlas un largo rato, mientras él á su vez ponía en orden sus recuerdos y reconstruía, por decirlo así, las líneas de la fisonomía del niño debajo de las del hombre.

—¿ Y Periquín?

—¡ Ah, Periquín!, pues va adelante en su carrera....., seis meses hace que tiene el grado de teniente, pero..... ha hecho una solemne tontería....., y eso que se lo tenía advertido. ¿Las mujeres?....., ¡ la mejor no vale un cigarro! ¡ Se ha casado, Padre mío, se ha casado! ¡ Ah! V. R. sí que lo ha entendido, Padre mío.....

—Vamos, vamos, mi querido Franck—le dije sonriendo y echándole mi brazo sobre el hombro,—tengo interés en saber la historia de Periquín; á ver, ¿ cómo fue eso?

Y seguimos paseando largo rato bajo el elevado techo, con claraboyas de cristal, que cubre el gran salón de juegos de la primera división.

Periquín había continuado los estudios, y á la edad conveniente fue admitido en las filas. Concluída su educación militar, de nuevo le destinaron á las escuelas del regimiento, y siguiendo los estudios superiores, pudo sufrir el examen final con el éxito más satisfactorio, y fue admitido en la Escuela superior.

Entonces tuvo que separarse de Franck. A su vez nuestro sargento había llegado también al término de su carrera: había pedido su retiro y se había trasladado á vivir á la ciudad en que estaba nuestro colegio, alquilando una mo-

desta habitación en un apartado arrabal. Daba lecciones de esgrima y florete, y dejaba deslizarse suavemente los años.

Periquín había salido de la escuela militar á los veintitrés años con un nombramiento de subteniente. Seis años más tarde llegó á casa de Franck con su título de teniente en la mano; mas aquel día se le agrió el gozo al viejo soldado: ¡ Periquín le participó su próximo enlace!

Hé ahí, según Franck, la solemne tontería de su Periquín.

“Ese pobre muchacho no cuenta más que con su sueldo, que no es gran cosa; su mujer tiene, es verdad, algunos dinerillos, pero..... ¿ y cuando vengan los hijos? Porque yo, ¡ pobre de mí!, ¿ qué le voy á dejar en mi testamento? ¿ qué podré yo ahorrar de mi módica pensión? Muchas han sido mis economías en diez años, y sin embargo apenas tendré cuatrocientas pesetas en caja. Y si caigo enfermo, ¡ adiós ahorros! Y luégo..... ¡ Ya se ve! Periquín era mi hijo cuando me llamaba *papá*, yo sentía aquí en el corazón un no sé qué, algo de lo que deben sentir los padres; ¡ pero ahora con su mujer!..... que sea dicho sin ofensa de nadie, es preciosa criatura..... ¡ ahora no va á querer á un sargento tan viejo como yo! Y vuelvo á repetir que su mujer es una alhaja, también ella me llama *papá*, también; pero me parece..... en fin, yo no sé, me parece que yo no me atreveré jamás á llamarla hija mía. ¡ Cuántas veces se lo había dicho á ese rapaz! ¡ pero ya no tiene remedio! Ella, ella es la que posee el corazón de Periquín, mientras que este pobre viejo.....”

Procuré distraerle de sus melancólicos pensamientos, y le dije: “¡ cuánto me acuerdo, Franck, de la primera comunión de Periquín!, aquel día vino á jugar conmigo, y también usted comulgó entonces, y eso que, si no estoy equivocado, ya hacía bastante tiempo que no había usted cumplido con Pascua.”

—¡ Ah! ¡ pero desde entonces no he faltado una sola vez! Y ahora que encuentro al niño de entonces he hecho todo

un jesuíta, ya le puedo presentar mi libro de cuentas; mañana se lo traeré.

En efecto, al día siguiente me trajo un gran libro de registro, encuadernado en tela gris, y cuyo lomo ennegrecida y ángulos desquebrajados delataban los años y el continuo uso.

Me lo presentó y me rogó que lo recorriera.

Difícilmente podré decir la impresión que me causaron aquellas páginas. Al principio sentí tentaciones de risa..... ¡Ah! ciertamente que era un libro bien singular; pero pronto se apoderó de mí la emoción.

¡ Siempre me había parecido Franck un carácter noble, un buen corazón, generoso, pundonoroso, leal, de delicados y tiernos sentimientos; pero en aquellos momentos me preguntaba á mí mismo si aquel hombre que tenía delante de mí no era un santo!

Aquel libro se había empezado el mismo día de la primera comunión de Periquín; y allá, desde tal fecha, sin dejar ningún claro, todos los días indefectiblemente había consignado en las páginas de la izquierda sus faltas, y en las de la derecha sus buenas obras ó el castigo que se imponía por sus faltas. Franck era un pobre sargento que no había saludado ni de lejos la Teología, él se había formado á su modo la conciencia y calificado sus pecados allá á su modo; afortunadamente no son los teólogos los llamados en definitiva á juzgar las almas, sino Dios. Dios infinitamente bueno, Dios que ama á los humildes, á los sensibles y á los pequeñuelos.

“He proferido un juramento,” escribía Franck al lado izquierdo.

“No he probado esta tarde ni un sorbo de vino,” escribía al lado derecho, y añadía: “¡ Por saldo!” Como si dijera: ¡ en paz!

“He dicho cuatro tonterías á la cantinera.”

“He dado la mitad de mi ración á un mendigo. En paz.”

“He tratado mal á un quinto, llamándole bestia, &c.”

“Le he pagado al mismo un vaso de vino en la cantina. En paz.”

Al fin de la semana una línea horizontal trazada en ambas páginas indicaba que Franck había echado sus cuentas por partida doble, y debajo de la línea ponía: “adelantamos,” ó bien: “atrasamos,” según que se juzgaba adelantado ó atrasado en el camino de los mandamientos de Dios.

De tiempo en tiempo notábase entre dos líneas con tinta roja esta inscripción: “me confesé con el Capellán.”

—Franck,—le dije—echo de menos una cosa en este libro, que sin embargo debiera estar en cada página.

—¿Qué?

—Yo he adoptado á Periquín, le he educado, he hecho de él un hombre honrado, un buen cristiano. ¿ Cree usted que Dios no tiene eso en cuenta?

—Ah, sí; pero eso Dios, como es tan bueno, ya me lo ha pagado, porque en eso ha consistido la felicidad de mi vida! ¡ Ah, mi querido Periquín! ¡ Mas ahora ya es de ella, ya no es mío!..... ¡ Ah, las mujeres! .....

Franck no era ningún muchacho, y el matrimonio de Periquín le había echado de golpe diez años encima.

El invierno se presentó este año con todos sus rigores, y le estropeó por completo. Un resfriado mal cuidado le inflamó los pulmones. Un día, por fin, sintiéndose morir, le escribió á Periquín. Su hijo se apresuró á venir, y Franck le estrechó entre sus brazos.

—Hijo de mi alma—le dijo—cuánto gozo al verte.....

¡ Ya ves que esto se va, es decir, que me voy! Yo desearía que no me dejases solo..... Míra, esto no durará mucho..... Lláma al médico; estoy cierto que bastará con que pidas á tus jefes una licencia por ocho días.

¡ Pobre Franck ! En efecto, el médico juzgó que bastaba con tal licencia. Periquín volvió á su puesto, obtuvo fácilmente la licencia, y al día siguiente ya estaba allí al lado de la cama de su padre adoptivo, pero.... ¡ no volvía solo !

¡ Con él, más cerca del pobre enfermo, inclinada sobre su almohada, y pasando su brazo al rededor del cuello del viejo sargento, y acariciando con su delicada mano sus blancos cabellos, estaba sentada la mujer de Periquín.

— Ah, Luisa—decía Franck—qué consuelo y qué alegría siento ! ¡ Será posible que tú también me ames ! tú, ¡ y á un viejo sargento como yo !.... ¡ Oh ! ¡ qué buena eres !

Luisa hizo ademán de poner su mano como para taparle la boca, imponiéndole silencio, y le abrazó cariñosamente.

Ni Periquín ni Luisa abandonaron un momento al viejo Franck ; en la habitación contigua pusieron una cama, y allí, mientras uno reposaba, velaba el otro al buen anciano.

No hubiera mostrado con él más delicado y caritativo esmero una Hermana de la Caridad que aquella joven esposa de su Periquín. Vamos, Franck estaba desconcertado.

¡ La primera vez que fui á verle, me lo contó todo y me dijo cuán dichoso era, cuánto gozaba !

— Y bien, Franck—le dije sonriendo, ¡ las mujeres !.... ¿ la mejor no vale un cigarro ?

— ¡ Ah, padre mío, pero esto no es mujer, esto es un ángel !

Y preguntándole yo si eso tenía nada que le inquietase.

— ¡ No—me dijo—no.... á no ser que, con mi antigua prevención, he pensado mal de Luisa ; pero antes, porque no la conocía.... además, el confesor va á venir !

Vino en efecto el confesor, y Franck se confesó. Pocas horas después recibió el Santo Viático y la Extremaunción ; y después rezó en voz alta, acompañado de sus hijos, Luisa y Periquín, las oraciones que solía rezar todos los días. Hecho esto, pidió que le trajeran su gran libro de cuentas,

y con trémula mano escribió por última vez : “ Me he confesado..... Queda todo saldado..... En paz.”

Quiso dormir, pero el sueño huía de sus párpados. La tos era continua y se ahogaba.

Cumplíase el quinto día de la licencia de su ahijado. A la caída de la tarde apoderóse de él una agitación febril : la opresión al pecho iba creciendo, y la respiración iba siendo cada vez más fatigosa y más precipitada.

¡ Periquín mío !—dijo Franck—¡ me muero ! Periquín, con las lágrimas en los ojos, se arrojó sobre él y abrazó á su padre, el cual, con desfallecida mano, trazó sobre la frente de su hijo la señal de la cruz.

Y volviéndose hacia su hija : “ ¡ Luisa ! ” exclamó. Abrazóla también, y también trazó la señal de la cruz sobre su frente.

Y teniendo estrechada su mano izquierda por la mano de Periquín, y su mano derecha por las de Luisa, dejó caer suavemente hacia atrás la cabeza..... y expiró.

VÍCTOR VAN TRICHT, S. J.

Nos honramos publicando en seguida los clásicos tercetos que acaba de enviarnos el Sr. D. Belisario Peña. Son, por el fondo y por la forma, como lo verá el lector instruído, un modelo de poesía castellana castiza y genuina, que recuerda las obras maestras de los líricos castellanos del siglo de oro.

Los recomendamos al estudio atento de nuestros inteligentes condiscípulos.

## ELEGÍA

á la santa memoria de mi amadísimo amigo el Sr. Dr. D. Cornelio Crespo Toral, Canónigo Doctoral que fue de la Santa Iglesia Metropolitana del Ecuador

Quando el querer de Dios que reverencio  
te llamó á sí, callé para que fuera  
más amargo el llorar solo, en silencio ;